



El playboy que obsequiaba aspirinas

CARLOS CARRIÓN

La llovizna blanqueaba la luz de las lámparas públicas y la avenida se perdía en la soledad de la noche y del agua. A espaldas de Daniel y su Toyota deportivo, quedaba el fragor del centro de la ciudad nocturna. Aún veía bien y no había activado sino el primer nivel de velocidad de los limpiaparabrisas.

Entonces divisó a la mujer detenida en la esquina bajo el resplandor de una lámpara pública y el semáforo en rojo. Su corazón aceleró sin más. Amor a primera vista, se dijo, no sin ironía y olfato de sabueso. Activó el ambientador de sándalo y mermó dos o tres líneas el volumen del equipo de sonido dentro del cual cantaba Dyango. Cantaba o mejor dicho lloraba “Alma, corazón y vida”. El Toyota se acercó casi en silencio absoluto a la esquina y la mujer.

Se veía alta por las botas que calzaba y por ella misma. Alta y sin duda muy bella, elegante y desdeñosa como una top model en el descanso de una árida pasarela de modas de París, Milán o New York. Cuando el auto se detuvo a su lado, ella continuó extraviada en su belleza y desdén. Daniel hizo otro tanto oyendo al cantante español, pero sin oírlo. La mujer miró el reloj y la calle solitaria de las afueras de la urbe y se agachó para hablarle al conductor. Daniel encendió la luz del techo del Toyota, bajó el vidrio automático de la ventanilla y se inclinó sobre el asiento del copiloto para escucharla mejor y vio que sus instintos no se habían equivocado: era bella. Tenía las solapas del abrigo levantadas y el cabello florido de gotas de agua. Como una rosa empapada de rocío, se dijo no sin cursilería. Todo un espectáculo en la sola ventanilla de su auto.

—Hola. ¿No sabes si a esta hora pasan buses o taxis por aquí?

—Sí, pero a las quinientas o a las mil.

—Ahhh —dijo ella volteando a mirar nuevamente la avenida.

—¿Adónde vas? A lo mejor coincidimos y puedo llevarte.

Daniel le habló con indolencia; una indolencia no exenta de cortesía, sin embargo. La chica sonrió.

—A Domingo P. y 24.

No había contenido emocional en sus palabras, aparte de su música de mujer, porque era más diestra que el hombre en recursos elusivos.

—Yo vivo siete calles más allá. Puedo llevarte.

No se sabía si era verdad o si el hombre había inventado esa ubicación de su domicilio tan solo para llevarla sin que la chica supiera que le estaba haciendo un favor particular, que quizá la comprometería. Se inclinó otra vez sobre el asiento del copiloto y le abrió la portezuela. Entra, por favor; no te vayas a resfriar.

—Gracias —dijo ella mientras lo hacía.

Cambió el semáforo y el auto arrancó, de vuelta a la ciudad.

A pesar del perfume de sándalo y Dyango muriéndose en la canción, Daniel sintió un perfume de Dior y la belleza de la chica entrar en su Toyota y apropiarse del auto y de él. No obstante, no tuvo un simple encomio para ella, si excluía los versos de la canción del español, obviamente. Prefirió el mal tiempo. La llovizna había engrosado y el limpiaparabrisas luchaba con ella.

—Las ciudades más bellas son las más feas con la lluvia —dijo sin mirarla—; ¿no te parece?

—Es cierto —dijo la joven de perfil—. Los buses y los taxis desaparecen y lo peor: una se ha olvidado del paraguas y del impermeable.

Rio.

—Es verdad —dijo Daniel, tomando una curva. El ruido de las ruedas contra el agua amontonada en la calle fue más evidente. Aceleró después de la curva. Las luces públicas estaban reflejadas en el pavimento mojado. Era una calle todavía de las afueras con coches esporádicos, una moto estruendosa y la

lluvia repiqueteando en el techo del auto—. Cuando sales preparado, no llueve; pero sal desprevenido y verás...

La chica, más espontánea que él, apenas Daniel acabó con el tema del mal tiempo, elogió la canción de Dyango.

—Sí —dijo él, como si continuara hablando del mal tiempo—. Es una hermosa canción; más aún la voz y la desolada manera de cantarla.

Daniel era un cazador nocturno. O más bien un depredador o un simple culpable de las depredaciones de la noche; no obstante, si le dieran a escoger, preferiría el primer atributo: un cazador de mujeres solitarias. De cuarenta para arriba, máximo de cincuenta. De eso vivía. Eso sí, no había una sola de ellas que no hubiera zozobrado previamente en algún desencanto y eso era un temor añadido a sus temores. O una altivez, artificial, sin duda. Y para que una noche no fuera un tiempo de caza baldío él debía proceder sopesando con cuidado esos temores femeninos y esa altivez. Es decir, debía actuar con sabiduría y la mejor sabiduría con una mujer era simplemente la indolencia; de momento, claro está. Dicho de otro modo: una indolencia que toda mujer descifraba al instante como timidez y hasta se ofrecía a mitigarla.

¡Cuántos desprecios habrá sufrido ese hombre a pesar de su juventud y guapura!, pensaban muchas veces con acierto. ¡Cuántos sufrimientos! ¡Cuántos engaños!

—No te voy a morder —le había dicho alguna audaz con una copa en la mano, demasiado cerca del hombre la copa y la mujer.

Evocó siete rostros y siete cuerpos femeninos conocidos; no con presunción, sino un tanto desolado. Otra le dijo sé que me puedes matar, pero sigo esperándote desnuda completa menos por los ligueros negros y el sujetador, como a ti te encanta que te espere. Ahora Daniel no recordaba bien si, en verdad, hubo en su vida una mujer en ligueros y sujetador que le dijera eso o solo la soñó. Tal vez estaba viviendo momentos ilusorios. Todo hombre los vive alguna vez. Incluso la posibilidad de cometer un crimen. Por un instante brevísimo, tuvo la imagen atroz de una mujer en ligueros y sujetador desangrándose de muerte sobre una cama. Y él se vio a sí mismo, estupefacto, con una pistola en la mano.

Sacudió velozmente la cabeza para quitarse esa idea asesina.

Frente a una farmacia de turno con un ebrio o un enfermo en la ventanilla, la chica le pidió al hombre el favor de detenerse. Él lo hizo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo necesito unas aspirinas para mi jaqueca.

Daniel se volvió a mirarla dentro de la penumbra del auto, de la canción de Dyango y del perfume de sándalo, y creyó que ninguna jaqueca, por osada que fuera, debería tocar la hermosura de esa cabeza y ese rostro, que ya semejaban un dolor para él. Un dolor anhelado. “La belleza llega, te hiere y se marcha”, se dijo recordando ese verso, pero no el poeta al cual pertenecía.

—Tenías que habérmelo dicho apenas entrar en el auto, mujer.

—Sí, claro, pero no quería molestarte.

—¡Bah!

La chica quiso salir por las aspirinas.

—Tú no, por favor: allí hay un borracho. Además, está lloviendo y yo soy tu taxista —dijo Daniel.

Detuvo el auto, abrió la portezuela y salió bajo un paraguas negro.

Al volver, plegó el paraguas, lo sacudió, entró en el auto, lo colocó junto a su portezuela y le entregó a la chica la cajita con veinte aspirinas y no quiso cobrársela. Era muy bello atribuirse el don de aplacar la jaqueca de esa bella mujer, y el dinero corrompería esa belleza, una cosa peor que si esta no existiera. La chica insistió en pagarle.

—Cuando lleguemos te la cobro junto con la carrera.

Ella rio de nuevo, mientras el hombre buscaba la calle Domingo P. y 24. Una moto pasó como una ráfaga, salpicándolo todo con el agua de lluvia empozada en la calle.

—Tú ríes, mientras Dyango llora.

—Es verdad.

Daniel había grabado un CD completo con “Alma, corazón y vida”; de modo que cuando concluyó la melodía, esta empezó de nuevo, y empezaría una y otra vez en el futuro de la noche, de modo interminable.

—Te gusta mucho ese bolero, ¿no?

Daniel anheló decirle bolero-balada o balada sola, pero no lo hizo. Algún momento anheló también preguntarle qué hacía en la esquina dónde la había encontrado, sin hacerlo; a lo mejor para evitar que ella le preguntara a él algo semejante.

—Me seduce.

—¿Alguna alusión personal?

—No, simplemente he nacido con esa flaqueza. ¿A ti no te gusta?

—Sí, pero más las canciones de Rocío Jurado.

—¿Ahhh?

Cantó un fragmento de “Señora”.

—Es una canción torrencial, un destino —susurró Daniel.

—Llegamos —dijo la mujer, cinco calles y dos esquinas dobladas después de la farmacia.

—¿Aquí mismo?

—Sí, en esa casa rosada.

—Okey.

Seguía lloviendo. Daniel detuvo el Toyota junto a la casa rosada. Abrió su portezuela y el paraguas en plena lluvia; rodeó el vehículo bajo su protección, abrió la otra portezuela y esperó un momento. No salió la mujer, salieron dos piernas gloriosas iluminadas por su propia luz y después ella. La protegió del aguacero sin pensar en él. Subieron a la acera y siguió protegiéndola aún, como si la belleza de la mujer lo hubiera hecho olvidar que allí ya no había lluvia. Era un edificio antiguo con su corredor mal iluminado, que él creyó encontrar en su recuerdo o en esa supuesta vida de instantes ilusorios. No había transeúntes, sin duda a causa del aguacero. Nada permitía adivinar el corazón de la mujer; nada el futuro de la noche, pero, cuando no quedaba más que la despedida y la lluvia malogrando la noche, la mujer lo invitó a tomar una copa de brandy en su departamento.

—Para evitar un resfrío —añadió.

Con el paraguas abierto, Daniel dudó. No obstante, pese a la duda, vio

que, sin saltarse un diente de su engranaje, el repetido ritual de conquistar una mujer o dejarse conquistar por ella y acostarse con ella se había puesto en marcha una vez más como una máquina, sin siquiera saber el nombre de la chica ni la chica el de él. Como en el amor. O como si ambos evitaran preguntárselos a propósito, porque lo primero que se olvida de un hombre y una mujer es su nombre. Sin embargo, allí sobre la acera y la lluvia a un metro de los dos, al tiempo que Daniel la deseaba, empezó a detestarla. Como a las otras; mejor dicho, como a las siete mujeres aquellas que había conocido en sentido bíblico. Porque su vida era eso y todo cansaba. Su vida de cazador o depredador de mujeres solas y de vivir a su costa. Ya años así. Conquistarlas, acostarse y detestarnos. Conquistarlas, acostarse y detestarnos. Conquistarlas, acostarse y detestarnos...

Una rutina despreciable, en realidad; salvo por la belleza y el placer, ese oscuro fulgor de la carne, los avaros minutos que duraba. Las detestaba en especial cuando recurrían al dinero; más aún cuando él no podía hacer otra cosa que aceptarlo, luego de una reticencia más ficticia que real, por supuesto. Un dinero con el cual, a lo mejor, ellas creían pagarle la diferencia de edad, la ternura que él no podía dejar de poner donde ponía sus manos, su boca, su sexo. Como la sangre en las huellas de un animal herido. O si no era ternura, sería al menos dulzor.

Las detestaba, de manera profunda, cuando después de cuatro o seis meses, ellas presentían el adiós y optaban por las lágrimas; incluso durante el mismísimo orgasmo. O un minuto después, cuando el desamparo les daba alcance otra vez. Era capaz de matarlas. ¿No había matado a una o a dos o solo era una muerte atribuible al porvenir de una mujer? Tal vez al de la más bella o posesiva.

Él movió la cabeza, confundido, como si estuviera recordando otra vida, para negar su pesadilla; la otra vida que hay en toda vida, con indiferencia de su mediocridad o grandeza. Con crímenes incluidos. Imaginó o recordó una mujer mortalmente herida. La llevaba en brazos a través de la noche y de la lluvia. Iba diciéndole que no se muriera hasta que llegaran a un hospital; un



hospital que no asomaba nunca. Era como si le susurrara una canción de cuna a una niña amada. Confundido y todo supo que, por algo ignorado o temido, siempre llevaba con él una Magnum escondida. Como una pésima costumbre, un mal, una fatalidad. Sintió su bulto duro en la sobaquera. Sí. Era capaz de matarlas; más aún cuando se trataba de mujeres casadas y, detrás de sus lágrimas, estaban sus esposos mayores a ellas o envejecidos por la insensibilidad o un chantaje; la mayoría de las veces agazapados en el dinero, otra mujer y hasta en el proxenetismo.

—Está bien, gracias —dijo Daniel, aceptando la invitación de la bella desconocida y cerrando el paraguas—. “Para evitar un resfrío”.

Ella sonrió.

Él lo dijo persuadido de que a esa noche de perros, pese al amor de Dyango, solo podía salvarla la copa de brandy de esa mujer y la mujer.

Había un foco de pocos voltios sobre la puerta de calle del edificio. Desde hacía rato, en cámara lenta fatal habían caminado los dos juntos hacia esa puerta y esa luz deficiente como a un destino. Y eso había detenido todo. Por fin llegaron. La cámara lenta se detuvo cuando la chica se paró y se puso a buscar la llave en su cartera. La halló y la aproximó a la cerradura.

Sonó entonces un disparo. Un disparo que bien podía pasar por un ruido natural de la noche de lluvia, pero no.

—¡Aaay! —dijo la mujer y empezó a desmoronarse.

—¡Dios mío! —dijo Daniel soltando el paraguas y tomándola en brazos para evitar su caída.

Un auto estacionado al otro lado de la calle, encendió el motor y se alejó de allí velozmente, bajo el aguacero, cuyo rumor se calló de repente solo para que Daniel pudiera escuchar sin estorbos la voz de la chica herida. Dios mismo se hubiese callado.

—Fue Daniel —dijo ella con un susurro cansado, mientras tintineaban sus llaves al caer sobre la acera—. Estamos divorciados, pero juró matarme si me hallaba con otro.

—¿Qué Daniel?

—Daniel Altamirano.

—Pero ¡Daniel Altamirano soy yo! —dijo atónito, sintiendo la sangre tibia de la chica en sus manos como si fuera su propia sangre.

Ella no dijo nada más o lo decía con una queja muy honda y de tan honda, callada, secreta.

En total atolondramiento, Daniel corrió hacia la lluvia con la mujer en brazos, abrió la portezuela del copiloto como pudo y la depositó allí, abatiendo en seguida el respaldo del asiento, para que ella se acostara. La balada del español continuaba inconmovible. Cerró la portezuela y voló a su puesto de chofer; pero apenas encendió el motor y los faros, cayó del cielo un patrullero policial con las luces encendidas y le cerró el paso. Salieron de él tres policías, lo encañonaron con sus armas de reglamento y le gritaron que saliera del Toyota con las manos en alto.

Las luces encontradas de los faros del patrullero y las del auto de Daniel estaban acibilladas por las agujas oblicuas de la lluvia.

—¡Por favor —salió clamando Daniel de su vehículo con las manos en alto—; permítanme ir primero a una clínica con la chica: está malherida! ¡Después hagan de mí lo que quieran!

Sordos a sus clamores, los policías le ordenaron colocar las manos sobre el capó de su auto y abrir las piernas. Daniel sintió el agua chorrearle por la nuca y las orejas. Como otra sangre. Uno de los policías se acercó a la portezuela de la muchacha herida y los dos restantes lo rodearon a él, uno de los cuales procedió a cachearlo.

—¡Aquí está! —dijo el policía que lo hizo, con la pistola de Daniel en las manos—. Es una Magnum 357 de nueve milímetros y está recién disparada.

En el equipo del Toyota Dyango seguía llorando “Alma, corazón y vida” y no paraba nunca de llover.